

LA HISTORIA DE LA SONRISA ETERNA

Disfrutar de la sonrisa de un bebé es, posiblemente, una de las mayores fuentes de felicidad que puede existir en un hogar. Por lo general, de pequeños, tenemos la oportunidad de disfrutar de la parte más hermosa de la vida. Cada paso que damos suele resultar sencillo y, si la cosa se tuerce, muy probablemente habrá alguien a tu lado para ayudarte, enseñarte y ofrecerte su cariño y comprensión. Sin embargo, a medida que pasan los años, descubrimos que la vida no es un simple paseo sobre una alfombra roja y debemos afrontar infinidad de retos y dificultades que, en muchas ocasiones, consiguen borrar el más mínimo atisbo de felicidad que pudiera existir en nuestro interior. Ante esas circunstancias, hay personas que se rinden y se dejan llevar por la inercia y la melancolía, pero, también, las hay que afrontan cada problema y luchan, sin descanso, hasta lograr cumplir cada uno de sus sueños. El caso de Silvia es el ejemplo perfecto para demostrar que, por muy difícil que pueda parecer alcanzar un objetivo, con dedicación y entusiasmo, es posible conseguirlo.

Desde muy pequeña, Silvia tuvo que aprender a arreglárselas por sí misma. Su padre las abandonó, a ella y a su madre, cuando apenas era un bebé y el precario sueldo de empleada del hogar de su madre permitía, únicamente, cubrir las necesidades más básicas de su día a día. Para colmo de males, poco antes de que cumpliera los dieciocho años, su madre cayó muy enferma y a Silvia no le quedó más remedio que buscar un empleo que le permitiera sufragar las nuevas necesidades familiares. La extrema necesidad de llevar dinero a casa de forma urgente hizo que tuviera que aceptar el primer empleo que encontró y someterse a jornadas laborales abusivas. Al llegar a casa, agotada del esfuerzo realizado, aún debía atender a su madre, por lo que no disponía de tiempo material para poder asistir a las clases de la universidad que había iniciado ese mismo otoño. No obstante, la joven fue capaz de conseguir y sufragar el material de estudio necesario y encontró la fórmula para poder encontrar unos minutos al día que le permitieran seguir el temario del curso por su cuenta. Sin embargo, Silvia, mejor que nadie, sabía que, tras cada obstáculo, puede estar esperando uno mayor. El suyo aguardaba, impasible, en uno de los despachos más imponentes de la facultad.

Unas semanas antes de comenzar los exámenes, Silvia se acercó hasta el rectorado para solicitar que se hiciera una excepción con ella y la permitieran presentarse a los exámenes, sin haber asistido a las clases ni haber realizado las prácticas obligatorias,

dada su complicada situación personal. Con muy buenas palabras, el rector la invitó a continuar desempeñando la misma profesión que desarrollaba desde hacía semanas porque, en circunstancias como la suya, nunca conseguiría llegar a nada más. La muchacha no se rindió e insistió hasta conseguir la oportunidad de demostrar que podía lograrlo. El hombre, convencido de la certeza de su vaticinio, aceptó la propuesta, con la única condición de que ella debía comprometerse a abandonar los estudios si no conseguía aprobar los exámenes. Acto seguido, se citaron para un nuevo encuentro que tendría lugar una vez que fueran publicadas las notas definitivas.

Varios días después de finalizar las pruebas, Silvia se acercó hasta los tabloneros de la facultad para revisar los resultados de las suyas antes de acudir a su trabajo. Para su sorpresa, en el espacio reservado para los valores numéricos de sus notas, aparecía un pequeño asterisco. En la parte inferior de la hoja, pudo leer una leyenda en la que se indicaba que debía acudir al rectorado de forma urgente. Sin dudarle ni un momento, se dirigió hacia el edificio indicado, donde aguardaba impaciente el rector. Con cara de circunstancias y, después de indicar a la muchacha que había obtenido la mejor calificación media de todos los alumnos de aquella convocatoria, se disculpó, con franqueza, por haberla discriminado como mujer y reconoció haber aprendido de ella una lección que siempre llevaría consigo. Nunca más volvería a juzgar a nadie ni por su género ni por sus circunstancias personales. A partir de ese momento, cualquier decisión que tomase, se ceñiría, única y exclusivamente, a aspectos educativos. Silvia agradeció su gesto y se dispuso a marchar, pero el rector la detuvo un instante y la hizo una propuesta que no pudo rechazar. Se comprometió a ofrecer a la joven una beca de investigación, por el mismo importe que percibía en su trabajo. Esta beca formativa requeriría una menor dedicación en tiempo y, a su vez, estaría intrínsecamente relacionada con sus estudios.

Aquella fue la primera vez, en muchos años, que los labios de Silvia pudieron dibujar una sonrisa de satisfacción. Afortunadamente, no sería la última.

El otoño llegó y, con él, lo hicieron, de nuevo, las clases. Durante los meses de verano, la madre de Silvia había mejorado notablemente y, ahora, la joven tenía una mayor libertad para centrarse íntegramente en la labor de investigación que daba comienzo ese curso. Lo que apuntaba a ser una experiencia más que satisfactoria, se convirtió en un nuevo obstáculo en la vida de la estudiante. En un mundo en el que los hombres tenían el poder

y el control absoluto de cada situación, acababa de florecer un diamante en bruto que tenía el potencial necesario para convertirse en una eminencia en el mundo de la ciencia. Aquella situación fue vista, por algunos, como un ataque a una hegemonía histórica que no podía permitirse y trataron de impedir, con todos los medios a su alcance, que tal hecho relevante tuviera lugar.

Sin embargo, la concienciación de la sociedad hacia un mundo igualitario ha ido evolucionando con el transcurso de los años y, cada vez, hay más personas que aceptan a las demás tal y como son y no se ciñen a los estereotipos establecidos por las mentalidades herméticas que existían en el pasado.

El día que Silvia recibió su primera zancadilla en aquel centro de investigación, un joven que, al igual que ella, acababa de comenzar su labor allí, dio un paso al frente para detener aquel acto discriminatorio. Inmediatamente, fue respaldado en su empeño por otros tantos estudiantes que allí se encontraban. Frenado el envite, el joven tendió la mano a su compañera para caminar, desde entonces, unidos hacia la meta de aquel camino sinuoso que se abría ante sus ojos. Silvia, que, en un primer momento, se ruborizó ante tan humilde gesto, acabó aceptando, de buen gusto, iluminando la sala con la mejor de sus sonrisas.

Aquel sería el comienzo de un viaje que uniría, intrínsecamente, la vida personal de la muchacha con su anhelo de construir un mundo mejor. Contaría, en su trayecto, con el apoyo inagotable de aquel chico que, sin conocerla de nada, se había arriesgado a hipotecar su futuro para protegerla de las garras de aquellos que no querían aceptar la realidad. Juntos, cimentaron las bases de una vida idílica, en lo personal y lo profesional, en la que no solo aprendieron y aplicaron sus conocimientos sino que, también, les llevó a disfrutar de cada momento como si fuera único e irrepetible y a encontrar una felicidad que, hasta entonces, se les había mostrado esquiva a los dos.

La etapa universitaria llegó a su fin y, con ello, se terminaron, también, el amparo y la protección que aquella institución ofrece a quienes forman parte de ella. Un nuevo mundo, completamente distinto al anterior, se mostraba, impasible, ante ellos. Era el comienzo del verdadero ascenso hacia la cumbre más alta. Una cumbre que, aunque, a primera vista, se antojaba peligrosa y despiadada, albergaba, también, en su cima la mayor de las recompensas: ver cumplidos todos y cada uno de sus sueños.

Como era de esperar, el panorama que encontró Silvia en el mundo laboral no distaba demasiado de lo que se había encontrado años atrás en la facultad. Una vez más, se iba a ver obligada a remar a contracorriente para demostrar al mundo que su valía nada tenía que ver con su edad o con su género. Sin embargo, en esta ocasión, sus oportunidades se iban a ver aún más mermadas. Una nueva vida se estaba gestando en su interior y lo que, en un primer momento, tendría que haber sido un motivo de alegría inmensa para ella, se iba a convertir en un hándicap adicional en su vida, pues sabía que tendría serias dificultades para encontrar a alguien que estuviera dispuesto aceptar en su equipo a una persona en la misma situación en la que ella se encontraba. Por desgracia, no estaba nada equivocada.

Durante varias semanas, llamó a tantas puertas como pudo. Con su impresionante currículum, pocas empresas se resistieron a citarla para una entrevista. La situación se complicaba cuando era recibida por sus potenciales empleadores. La mayoría de ellos cubría expediente realizando a la joven cuatro o cinco preguntas que, en muchas ocasiones, no tenían, ni siquiera, relación con el puesto de trabajo al que estaba optando. Algunas veces, hasta tenían el atrevimiento de preguntarla por sus aspiraciones personales y no por las laborales. Encontraba, incluso, a alguna entrevistadora, que posiblemente habría sufrido en su propia persona una situación similar, que se mostraba abiertamente reticente a contratar a una mujer embarazada.

A pesar de la complejidad del asunto y de los continuos reveses que iba sufriendo la muchacha, no cejó en su empeño de encontrar trabajo. Sabía que, más pronto que tarde, iba a encontrar a alguien que sabría valorar y aprovechar su talento, incluso antes de ser madre.

Aquella llamada se hizo mucho de rogar, pero, finalmente, llegó. Y lo hizo a través una persona de la que nunca hubiera esperado recibirla, por la inflexibilidad que había mostrado durante toda la entrevista. Sin embargo, esa misma persona estaba poniendo en sus manos la oportunidad que tanto tiempo había estado esperando.

Varios años más tarde, conocería el verdadero motivo de aquella llamada inesperada. Su entrevistador, aun habiendo iniciado el proceso selectivo con muy poca predisposición, quedó impresionado por la inaudita tenacidad que demostraba Silvia ante la adversidad y,

a pesar de que los cánones del departamento de recursos humanos eran muy estrictos a la hora de contratar a mujeres embarazadas, decidió hacer una excepción con ella y dejarla acceder a la siguiente fase del proceso de contratación. Aquella decisión, posteriormente, se convertiría en un precedente para un cambio de criterio que el momento exigía y que todavía no se había llevado a cabo en aquella empresa. El que fuera su primer responsable tuvo claro, desde el primer momento, que Silvia era la persona que estaba buscando. Además de su conocimiento, poseía multitud de aptitudes que la hacían única para aquel puesto. Estaba convencido de que el hecho de ser madre, más que representar un problema para la compañía, sería un aliciente para que su futura empleada realizara sus tareas de una manera más eficiente y efectiva de lo que lo habría hecho otra persona sin su misma motivación. La decisión estaba tomada. Una mujer luchadora y dos hombres valientes habían dejado a un lado, por fin, los estereotipos del pasado y habían decidido aportar su granito de arena para construir una sociedad más igualitaria.

Una tarde, mientras amamantaba a su bebé recién nacido y observaba los ojos vidriosos de su madre, presos de la emoción de tan jovial momento, Silvia recordó, llena de satisfacción, la cantidad de obstáculos que había sido capaz de vencer los años anteriores. Todavía no había logrado alcanzar la cima de la montaña. Sin embargo, había conseguido superar, no sin mucho esfuerzo, el tramo más difícil y la meta estaba, cada vez, más cerca. Era el momento de disfrutar de sus logros y recuperar toda la energía perdida para afrontar con éxito el futuro que se alzaba ante su mirada risueña.

Aquel día, los labios de Silvia dibujaron la sonrisa más hermosa que jamás se haya podido contemplar. Una sonrisa que ya nunca más se borraría de sus labios. La sonrisa eterna de una mujer que, con su tesón y esfuerzo, consiguió cambiar las reglas de un mundo que, hasta entonces, había sido desigual.